



REPÚBLICA DE FILIPINAS

Diario de Sesiones

DEL

PRIMER CONGRESO DE HISPANISTAS DE FILIPINAS

MANILA

SESIÓN INAUGURAL

Lunes, 9 de octubre de 1950

No. 1

Vol. I

APERTURA DE LA SESIÓN

Respondiendo al llamamiento hecho el 28 de agosto del año en curso por el Comité Ejecutivo formado para organizar el Primer Congreso de Hispanistas de Filipinas, cuyas sesiones se habían fijado para los días 9, 10 y 11 de octubre del presente año del Señor, 1950, dicho Congreso se ha reunido a las cuatro y media de la tarde de hoy, en el Salón de Actos de la Universidad del Centro Escolar, graciosamente cedido por ésta para la celebración de dichas sesiones, bajo la presidencia provisional del Presidente del Comité Ejecutivo mencionado, Dr. José P. Bantug, quien, con la asistencia del Secretario del Comité Ejecutivo, don Tomás F. Barretto, como Secretario interino del Congreso, declaró abierta la sesión.

DISCURSO DE APERTURA DEL PRESIDENTE PROVISIONAL, DR. BANTUG

El PRESIDENTE PROVISIONAL. Excelentísimo y reverendísimo Arzobispo Metropolitano de Manila; Excelentísimo señor Ministro Plenipotenciario de España en Filipinas; Excelentísimos e ilustrísimos señores de las Reales Academias Españolas; Caballeros condecorados por Su Santidad, por España y países extranjeros; damas y caballeros:

Consiente del significado del magno acontecimiento que inauguramos hoy, abrigo el temor de que la pequeñez de mi persona no pueda corresponder, con la debida suficiencia, a las exigencias del alto cargo que vuestra generosidad y benevolencia tan inmerecidamente me han otorgado. Con todo, acallo cualquier resquemor que pudiera entretener de mi incapacidad al contraer este compromiso, porque desde este sitio quisiera renovar pública y solemnemente mi profesión de fe: procurar por todos los medios lícitos y posibles a mi alcance, la propulsión y conservación de la cultura milenaria hispánica en nuestro país, porque con ella está íntimamente vinculada la religión de nuestros mayores, que es la herencia más preciada que nos legara España, Madre grande y solícita, creadora de naciones, la más fecunda, la más amorosa que la Historia registra en sus páginas gloriosas. No me arredra el fracaso porque abrigo la confianza más absoluta en

nuestros ulteriores destinos, y porque, aunados nuestros esfuerzos en la tarea común, probaremos ante el mundo entero que el ecorro malayo de la vieja leona de Castilla es digno de sus hermanos mayores de allende los mares. Y, como ellos, trataremos de conservar a través de los tiempos y las vicisitudes, esta valiosísima herencia común.

La celebración de este magno Congreso, que tiene todos los ribetes de una Asamblea Nacional, es una de las más felices iniciativas del incansable como íntegro caballero de la corona de Italia, don Tomás Fernando Barretto, hombre digno de sus progenitores, que se caracterizaron siempre por sus grandiosas concepciones: como lo prueba la fundación de la Fábrica de Cerveza de San Miguel, que ha dado origen a una empresa capital que va ramificándose en otras no menos importantes y es hoy día uno de los establecimientos más sólidos y progresivos, de tal modo que constituye un legítimo orgullo de nuestras industrias nacionales. También es justo reconocer que, al dar forma concreta a esta magna Asamblea, han cooperado para llevarla a feliz término los elementos más ilustres y distinguidos de la Hispanidad en el país, bien como individuos, bien como sociedades. Aquí están congregados los miembros de varias reales Academias Españolas, como la de la Lengua, de Medicina y Farmacia, de Legislación y Jurisprudencia, la Sevillana de Buenas Letras y de Artes y Ciencias. Así también las asociaciones hispanistas tanto locales como de provincias, cuales son: la Peña Hispano-Filipina, el Núcleo de la Hispanidad, la Asociación de Hispanistas, la Liga Hispanista, el Círculo Escénico, la Sociedad Talía, la Academia Cervantes, el Círculo Hispano de Bacolod, la Asociación de Hispanistas de Cebú, el Círculo Hispano-Ilocano de Vigan, y otras muchas sociedades estudiantiles hispanistas de varios colegios y universidades de esta capital. No es menos digna de encomio la actitud de los Jcfs de estas varias instituciones educativas quienes, en cuanto supieron los fines laudables de este Congreso, se alistaron enseguida a sus filas, contribuyendo generosamente con sus fondos para los gastos esenciales del mismo. La Universidad Católica de Santo Tomás, la Universidad del Centro Escolar, la Universidad de Filipinas, la Universidad del Sur de Luzón,

de Albay, la *Northern High School* de Vigan, la Universidad de Manila, el Colegio de San Juan de Letrán, el Colegio de San Beda, el antiguo Instituto de Mujeres (hoy *Roseville College*), al igual que muchas casas comerciales españolas, las corporaciones religiosas y entidades particulares, se han mostrado no menos entusiastas. La prensa editada en español se ha puesto a la altura de su digna misión, noble y desinteresadamente, habiendo dedicado, y aún están haciéndolo, valiosas columnas en sus respectivas publicaciones, siguiendo paso a paso las actividades de la Comisión Organizadora y los diferentes comités que la integran. La prensa editada en inglés tampoco se ha mostrado indiferente. Sea, pues, nuestro agradecimiento más sincero a los directores de esas publicaciones, como: *Voz de Manila*, *Las Noticias*, *Semana*, *Nueva Era*, *Ahora*, *La Nación*, el *Chronicle*, el *Daily Mirror*, el *Evening News*, y el *Manila Times*.

Debemos recordar también aquí la benevolencia del Jefe Ejecutivo de nuestra República, al aceptar el nombramiento de Presidente Honorario de este Congreso, honrarnos con su presencia en esta sesión de apertura y dirigimos algunas palabras de aliento. El dignísimo señor Arzobispo de Manila contribuye así mismo con su óbolo para que este acto público del Hispanismo en Filipinas sea de lo más lucido y solemne. El dignísimo señor Obispo de Nueva Segovia, Monseñor Santiago Sancho, el no menos generoso señor Obispo de Jaro, Monseñor José María Cuenco, y el magnánimo cuanto piadoso Obispo de Lingayén, Monseñor Mariano Madriaga, se destacan entre los más entusiastas que respondieron al primer llamamiento. Más tarde se recibió la adhesión del ilustrísimo señor Obispo de Nueva Cáceres, Monseñor Pedro Santos. Y no digamos nada de los demás altos dignatarios de la República y de los representantes diplomáticos y consulares, como don Antonio Gullón, quien, como enviado especial de la Madre España, no puede mostrarse indiferente y tiene que mirar con sin igual simpatía y afecto toda demostración pública del Hispanismo en Filipinas.

¡Ojalá que el Todopoderoso Señor de las Naciones bendiga y corone con el éxito más lisonjero las deliberaciones de este Congreso que comienza hoy!

Damas y caballeros: Tengo el honor y el inmenso placer de declarar abierto el Primer Congreso de Hispanistas de Filipinas.

El Presidente de turno en esta primera sesión, don Guillermo Gómez, Director de la Academia Filipina, correspondiente de la Real Española, se servirá, de acuerdo con lo resuelto unánimemente por el Comité Ejecutivo, organizador de este Congreso, ocupar la presidencia y dirigir los asuntos de esta primera sesión.

(*El Presidente de turno de la primera sesión del Congreso ocupa la presidencia, que abandona el Presidente Provisional, Dr. José P. Bantug.*)

EXISTENCIA DE QUÓRUM

Léida la lista de los señores Congressistas, la Mesa declaró que había quórum. (*La lista de los señores Congressistas va adjunta al Diario de la tercera y última sesión, como apéndice "A."*)

INVOCACIÓN

EL PRESIDENTE DE TURNO. El asunto en orden es la invocación encomendada a la benevolencia del

excelentísimo y reverendísimo monseñor Gabriel M. Reyes, Metropolitano de Manila.

EL EXCMO. Y REVDMO. MONS. GABRIEL M. REYES. *In Nomine Patri Sempiternum Deus!* ¡Oh, Dios! que con vuestra Providencia habéis dispuesto con toda plenitud la adaptabilidad del lenguaje a los hombres de todos los pueblos y edades, a fin de que se unieran y se asociaran y, asociándose, la religión, la ciencia, las bellas artes y las tradiciones se difundían; y las ideologías, las características e idiosincrasias de cada nación se preserven, digámoslo así, dirigid con complacencia vuestra mirada a este Congreso de Hispanistas, a sus ilustres miembros y simpatizadores, para que sus acuerdos en el campo de la hispanidad en Filipinas, tiendan a promover la rectitud e ilustrar la inteligencia contra la ignorancia y el error, contra la corrupción, contra la pornografía y la indecencia. Coronad con el éxito la realización de los fines de este Congreso, para que se reafirme y se consolide una vez más el hecho de la difusión de la lengua, cultura y fraternidad en todas las relaciones existentes entre Filipinas y su antigua metrópoli, la noble y católica España. ¡Amén!

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE TURNO, DON GUILLERMO GÓMEZ

EL PRESIDENTE DE TURNO. Como quiera que estoy padeciendo de una afonía aguda, rogaría al congresista don Joaquín de San Agustín que lea el discurso que tengo preparado para esta ocasión.

EL SR. DE SAN AGUSTÍN. Con sumo gusto, señor Presidente.

“Señor Presidente del Comité Ejecutivo, Excmo. Sr. Ministro de España, Autoridades civiles, religiosas y culturales, Hispanistas todos:

“Sirvan estas primeras frases para expresar mi más hondo agradecimiento por la honrosa distinción que se me ha otorgado de presidir el acto inaugural de esta asamblea de hispanistas filipinos, primera manifestación formal del deseo colectivo de conservar los rasgos hispánicos en el carácter y la cultura nacionales. Nunca, ni en esos momentos inconfesables que aun los más humildes dedicamos a fantasear sobre el tema de la exaltación de nuestro yo, nunca, repito, séloleñar honor tan señalado, del que soy totalmente indigno, y por el cual, os lo aseguro, brotan ahora de mi pecho raudales abundantes de asombrada gratitud. Lamento no poder dirigirlos la palabra directamente, viéndome obligado por prescripción facultativa a hacerlo por medio de este mensaje escrito. Confío, sin embargo, que esta circunstancia no restará calor cordial a mis frases ni a vuestros oídos benevolencia para escucharlas.

“A raíz del surgimiento de la República Filipina en 1946 pudo observarse en varios sectores de la opinión pública un interés renovado hacia lo hispano, interés que culminó en el establecimiento de más estrechas relaciones con la nación española; en la aprobación de la ley Sotto; en la creación de sociedades cervantinas en escuelas y colegios, y en la convocatoria para este congreso de hispanistas que hoy comienza su tarea. Diríase que el pueblo filipino, en los albores de su vida independiente, se percató de la verdad encerrada en el apotegma de un pensador francés, Le Bon, donde

se afirma que un pueblo sólo puede alcanzar su grandeza apoyándose en sus tradiciones y en su pasado. Dírase que ese pueblo comprendió con certero instinto que en ley histórica como en ley arquitectónica un edificio sin cimientos pronto se derrumba, y apenas ganó libertad para labrar su porvenir sin ayuda ajena volvió la vista atrás en busca del basamento de su pasado. Y al hacerlo, tropezó enseguida con el granítico estrato de la obra española, con la fuerte argamasa de la tradición española ya adherida y aun superpuesta a su propia tradición premagallánica con tal solidez que se habían fundido en una sola, mixta de ambas.

"España había vaciado sobre el alma filipina el inmenso tesoro de la fe cristiana llenándola de tal modo, que influye decisivamente en su pensar y en su sentir. Dióla la más liberal y dinámica de las religiones positivas; aquella que, según observara Rodó agudamente, no lo estatuyó todo ni estableció *a priori*, excepto para sus dogmas fundamentales, moldes rígidos e inflexibles, dejando, por el contrario, con palabras del mismo Divino Maestro, abiertas las puertas para que sus adeptos pudieran aceptar novedades beneficiosas. Así las naciones cristianas lograron alcanzar cimas de cultura, cumbres de progreso inaccesible a otros pueblos que profesaban religiones estáticas y totalitarias, consiguiendo una superioridad innegable por su ciencia, por su riqueza y por su fuerza. Lo primero que hizo España al pisar tierra filipina fué incorporarnos para siempre al sector selecto, aquel que, influido consciente o inconscientemente, por la idea cristiana, es ahora y será en lo futuro el sector triunfante de la raza humana.

"Al querer el filipino reforzar su unidad política, segunda base fundamental de su futura grandeza, vuelve a hallar en el pasado la huella de España que, al someter a una autoridad única las numerosas subrazas que habitaban esta tierra, propulsó su amalgama espiritual y aun la biológica, mezclándose ella también por medio de inyecciones de su sangre generosa. Por eso cuando se desató el lazo colonial no hubo aquí manzanas en masa, ni emigraciones trágicas ni partición de territorio ni guerras civiles, revelando todo ello la reciedumbre del cemento español que unificó a tagalos, bicolanos, bisayos, etcétera, borrando entre ellos todo sentimiento de distinción o diferencia en un plazo muy corto para esta clase de fusiones humanas.

"El filipino de ahora, buceando en su pasado, ha de recordar por fuerza cómo España nos legó asimismo su idioma expresivo, elegante y sonoro, usado, no sólo por nuestros héroes nacionales más preclaros y el grupo aun respetable de los que hablamos y pensamos en él, sino también por nuestra masa, la cual diariamente emplea numerosos vocablos y giros sintácticos castellanos ya inerustados en los lenguajes nativos con fuerza tal, que millones de filipinos los creen propios sin sospechar de dónde proceden. Del mismo modo, al volver la vista a su ayer, ese filipino de hoy hallará en sus costumbres, en sus formas sociales, en su actitud ante los problemas de la vida, la sombra imborrable de la influencia psicológica andaluza, castellana o vasca, el glóbulo hispano que por hallarse con frecuencia presente y entre las células de su cuerpo, influye en su pensamiento y toma parte en la dirección de su espíritu.

"¿Recordáis aquellos días cuando estalló en España la revolución republicano-socialista? ¿Recordáis cómo este pueblo, avaro en exteriorizar sus emociones, arrebatada de las manos de los vendedores de perio-

dicos las hojas en que venían noticias del suceso? ¿Cómo en los casinos y en los mercados, en los cafés y en los salones el único tópico de conversación, el tema exclusivo de los comentarios era "lo de España"? Entonces pude convencerme de que España no era aquí tan sólo un recuerdo romántico del pasado sino algo que vivía con vida actual en el corazón filipino, algo palpitante y dinámico capaz de influir en el sentimiento popular. Creo sinceramente que si en aquella contienda hubiesen venido los elementos marxistas sus doctrinas se hubieran propagado con rapidez y adquirido mayor auge entre nosotros. No: España no es aquí la sombra de un ayer remoto que se desvanece al correr del tiempo; España alienta en la conciencia y en la subconsciencia del filipino como parte importante de su caudal hereditario, de su tradición pretérita. No se puede arrancar del filipino lo hispánico sin desnaturalizarle, sin hacer de él un hombre fantástico e increíble que estuvo durmiendo durante cuatro siglos sin tradición, o sea, sin vida consciente.

"Ensalzar y afirmar nuestro hispanismo viene a ser, en fin de cuentas, fortalecer y depurar nuestro filipinismo, y laborar por la conservación de los elementos culturales implantados por España durante su dominio de estas tierras es laborar por nuestra propia cultura. Nuestros antepasados del siglo dieciséis tuvieron la sagacidad de comprender que Legazpi, aquel modesto escribano, y Urdaneta, aquel bondadoso fraile, les traían una civilización muy superior y mucho más humana que aquella en que vivían y se dejaron conquistar sin oponer resistencia apenas, tolerando, salvo escasas y esporádicas rebeliones localizadas, el dominio hispano del que pudieron haberse sacudido fácilmente, durante cerca de tres siglos y medio, hasta el día que se creyeron capaces de navegar por sí solos. No quiero restar un ápice a la grandeza de la obra de América en el cortísimo tiempo de su dominio, obra que se ha incorporado ya también a la tradición filipina, pero tengo siempre presente lo dicho por varios de los más eminentes gobernantes que de allí vinieron, quienes, inspirados en un alto sentimiento de justicia, no vacilaron en declarar que la solidez de la obra americana en Filipinas fué posible porque se elevó sobre el cimiento de la obra española.

"En el predio de nuestro patrimonio, en el huerto que Dios acotó para solar de la raza, se eleva entre otros, un árbol, el más frondoso y robusto tal vez, quizás el de raíces más hondas y firmes. Ya se hizo el trabajo de plantarlo; de vigilar su crecimiento; de salvarlo de los numerosos peligros anejos a la edad temprana. Ahora sólo requiere ligeros cuidados de conservación: podar las muertas ramas; limpiarlo de parásitos destructores; regarlo de cuando en cuando en las horas ardientes de la canícula. . . Seríamos en verdad estultos o criminales si por falta de ellos se viera algún día privada nuestra posteridad de sus óptimos frutos y de su sombra protectora.

"En este día, el primero que dedicamos después de adquirir la independencia política a la noble y patriótica labor de conservar el árbol hispánico en nuestra tierra malaya, yo quiero dirigir a la antigua madre, por medio de su digno representante aquí presente, un saludo de amor. Ella nos trajo su religión excelsa; ella convirtió nuestras desperdigadas tribus en un pueblo sólidamente integrado; ella unió su carne a nuestra carne y su alma a nuestra alma y ella sembró entre

nosotros las simientes de su Ciencia y de su Arte. Nos dió de cuanto tenía, desde la savia de sus venas hasta la luz de su espíritu; ¡no dió más porque más no tenía! Reina Maga que cuando éramos aún un pueblo niño nos cfrondaste el oro de tu sangre, el incienso de tu fe y la mirra de tu genio ¡que Dios te salve y te bendiga eternamente!"

CONSIDERACIÓN Y APROBACIÓN DE VARIOS PROYECTOS DE RESOLUCIÓN

EL PRESIDENTE DE TURNO. El asunto en orden es el proyecto de resolución relativo a la creación de un comité que se encargue de notificar a su Excelencia, el Presidente de la República de Filipinas, que ha sido nombrado Presidente honorario de este Congreso. Léase.

EL SECRETARIO INTERINO. Proyecto, del Congresista doctor José P. Bantug, del siguiente tenor:

RESOLUCIÓN QUE DISPONE LA DESIGNACIÓN DE UN COMITÉ DE TRES CONGRESISTAS PARA NOTIFICAR AL PRESIDENTE DE FILIPINAS QUE HA SIDO NOMBRADO PRESIDENTE HONORARIO DEL PRIMER CONGRESO NACIONAL DE HISPANISTAS DE FILIPINAS.

Los Hispanistas de Filipinas, reunidos en Congreso, RESUELVEN:

Que el Presidente de turno designe un comité de tres miembros para notificar al Presidente de la República que ha sido nombrado Presidente honorario de este Congreso, el cual está debidamente organizado y reunido, y tiene el honor de invitar a Su Excelencia a su sesión inaugural.

EL PRESIDENTE DE TURNO. ¿Adopta el Congreso el proyecto? (*Muchos Congresistas: Sí.*) Queda adoptado.

De acuerdo con la resolución que acaba de adoptarse, la Mesa designa al doctor José P. Bantug, Presidente del Comité Ejecutivo, y a los señores Congresistas José Razón, José Sotelo Matti y Victor Molina Martell, para integrar dicho comité de notificación.

Léase ahora el proyecto de resolución relativo al nombramiento de un secretario y un macero para este Congreso, y presentado por el Congresista señor Barretto.

EL SECRETARIO INTERINO:

RESOLUCIÓN EN LA QUE SE NOMBRAN UN SECRETARIO Y UN MACERO DE ESTE CONGRESO.

Los Hispanistas de Filipinas, reunidos en Congreso, RESUELVEN:

Que los miembros Joaquín de San Agustín y Ramiro Santos, sean, como son por la presente, nombrados Secretario y Macero, respectivamente, de este Congreso.

EL PRESIDENTE DE TURNO. ¿Hay objeción a la adopción del proyecto que acaba de leerse? (*Muchos Congresistas: NO.*) Queda adoptado y, por tanto, nombrados los señores De San Agustín y Santos, Secretario y Macero, respectivamente, de este Congreso.

Dichos caballeros se servirán asumir sus respectivos cargos.

(Acto seguido, los señores Joaquín de San Agustín y Ramiro Santos asumen sus respectivos cargos.)

DISCURSO DE D. EMETERIO BARCELÓN

EL PRESIDENTE DE TURNO. Tiene la palabra el Congresista don Emeterio Barcelón.

EL SR. BARCELÓN. Señor Presidente de Turno, dignísimo Representante y Ministro Plenipotenciario de España en Filipinas, Ilustrísimos huéspedes de honor, señoras y señores Congresistas:

Honrado con la tarea difícil, pero para mí gratísima, de condensar en un corto mensaje los sentimientos de amor y gratitud a España, que hoy deben rebosar en todo corazón filipino, digno de tal nombre, con ocasión de estas fiestas por la Hispanidad, hubiera querido para mí la máxima capacidad expresiva en ese incomparable idioma que Santa Teresa y San Juan de la Cruz divinizaron con sus escritos; pero si, como temo, no consigo cumplir mi cometido a vuestra satisfacción, culpad no a falta de voluntad, sino a pobreza de léxico, a la desmedrada solvencia literaria de este enamorado de España y de todas sus cosas.

Ya que me dan algunos minutos más de los que necesito para leeros el mensaje a España, permitidme que os refiera algo del duro calvario que ha tenido que pasar el vocablo "hispanista", antes de que los organizadores de esta asamblea se decidieran a usarlo. Llamé la atención de mis compañeros a la definición de corte restrictivo que al vocablo da la Real Academia Española; y temíamos, no sin razón, que algún aristocrático desocupado, algún purista desempleado nos colgase el sambenito de "hambugeros", de presumidos; porque "hispanista", según la docta corporación, es la persona versada en la lengua y literatura españolas. Y ninguno de vuestros organizadores tiene la pretensión de ser especialista en lengua y literatura hispana, ni queremos dar la impresión de que se trata de organizar un arropago de sabios hispanófilos, sino más bien de una asamblea o reunión de individuos, sobre todo de filipinos, enamorados de España y de sus cosas.

Después de una larga y trabajosa discusión y deliberación se acordó usar la tan discutida y zarandeada palabra de marras, por la potísima razón de que aquí en Filipinas "hispanista" vale tanto como españolista o hispanófilo; es decir, toda persona enamorada de España, de su cultura, de sus cosas es un hispanista. Y la Real Academia Española que tome nota del filipinismo. Y aunque, en el fondo, estaba conforme con la decisión de la mayoría, quería justificar mi voto concurrente con otras razones. Después de mucha búsqueda me da otra razón adicional don Julio Casares quien, en mi opinión, es actualmente el sumo sacerdote de la lexicografía española. Efectivamente, en su librito intitulado *El Idioma como instrumento y el Diccionario como símbolo*, dice lo siguiente: "Por cierto que al usar el vocablo hispanista echo de ver que la definición del Diccionario podría tacharse de parcial, pues la Academia, concentrada egoístamente en los menesteres que le son propios, reserva esa denominación para "el versado en la lengua y literatura españolas" sin pensar que, por ejemplo un musicólogo como H. Collet o un historiador como Lummis, a más de merecer el dictado de hispanófilos, son indudablemente hispanistas y de la mejor calidad". Como veis, el dignísimo secretario perpetuo de la Real Academia Española de la Lengua nos autoriza a desautorizar a la Academia.

Ante este auditorio selecto, culto, entusiasta se robustece mi convencimiento de que a pesar de medio siglo de ausencia, en el ambiente filipino aun se percibe el perfume de España.

Ahora voy a leeros el breve Mensaje a España:

Con ocasión del Día de la Raza, o, mejor, Día de la Hispanidad, 12 de octubre, fecha memorable, de dulces y gloriosos recuerdos para el mundo hispánico, los caehorros orientales del ibero león tienen a honra y gloria transmitir los ardientes sentimientos de amor y gratitud, que anidan en su corazón, a la amada y amante Madre España, deseándola todo género de venturas, y también triunfos y éxitos en su divino afán y sublime labor de encender toda la tierra en la caridad de Cristo, único hontanar donde se pueden hallar las fuentes del amor, de la justicia y de la paz.

Filipinas, hecha a imagen y semejanza de España, Filipinas obra maestra de España, el único puesto avanzado del Catolicismo en el Extremo Oriente, es una lámpara votiva que arderá eternamente en el inmenso y augusto templo de la hispanidad.

¡Gloria y gratitud eterna a España por la dúplice herencia de la fe y de la lengua que, si en lo humano, nos entronca con lo más florido de la humanidad; en lo divino, nos hace a los filipinos hijos y herederos de Jesucristo Rey!

DISCURSO DE D. BIENVENIDO DE LA PAZ

EL PRESIDENTE DE TURNO. Tiene la palabra el Congressista don Bienvenido de la Paz.

EL SR. DE LA PAZ. Señor Presidente, señores y caballeros, señores todos de la hispanidad:

Mensaje de salutación ¿por quién, por qué y para qué? Estas preguntas, señores, obligan a unas digresiones en el envío del mensaje de saludo.

Este Congreso de Hispanistas no es de meros aficionados y cultores del español, como sería el de estudiantes de Humanidades que se solazaran desentrañando "ario", "latín" o "griego" u otro caudal de lenguas muertas, por motivos etimológicos en bien del léxico. Ni siquiera es de románticos de un ideal arrinconado por la ingratitud. Tampoco, de nostálgicos de climas y de gentes en la lejanía de tierras o de historia. . . .

Este Congreso de Hispanistas, el primero en Filipinas, es el de campeones de un idioma vivo, vibrante y en evolución, que informa nuestra idiosincrasia nacional, y que tiene aquí sus documentos y monumentos filosofando con las centurias del nombre de Filipinas, y tiene—como el Espíritu Santo en los bautizados—su templo de veneración en cada individuo que habla el español. Este Congreso de Hispanistas es de individuos de una raza espiritual, aquí esparcidos en Oceanía, como espejos minúsculos, fragmentos de ese espejo inmenso, que se llama Hispanidad, espejo en el que la raza humana ha de mirarse, quiéranlo o no, naciones e individuos, porque sin la Hispanidad la civilización humana estaría falta de la auténtica civilización cristiana, sin la cual la encareada civilización de los pueblos, sería mera farsa cultural. La civilización fué salvada en las aguas de Lepanto por el lábaro triunfante de la Cruz, que fué el mismo que, sombreando la espada conquistadora, bordó el planeta con las fámulas gloriosas de la Hispanidad.

Este Congreso de Hispanistas en Filipinas, por lo tanto, es de campeones de un idioma; es de familiares de esa Casa monumental, por los siglos de los siglos, por Jesús y María, hecha heredera de Dios, la Hispanidad.

Hispanidad, ese manto ideal, tejido con los filamentos del manto de la Virgen del Pilar de Zaragoza, y que envolviendo a la egregia matrona iberá—Hispania de nuestros amores—tiene sus magníficos grines en diez y nueve naciones de la tierra descubierta por Colón para la civilización, y en una nación única en Oceanía, que a ella incorporó Magallanes, para ser con los años y los siglos el faro de la civilización en el Oriente.

Girón del manto de la Hispanidad es Filipinas, con su particularidad exclusiva, su unicidad en haber sido el beso idílico de Oriente y Occidente, beso del cual vino el parto portentoso de triple cultura filipina, de las tres culturas consustanciales: la cultura autóctona arrancada de su geografía, la cultura sajona afinada con su democracia en su seguridad y prosperidad materiales; y la cultura hispánica incrustada en su alma, para transformar su etnología, modificar sus emociones, su pensamiento y su querer, cultura hispánica sin la cual la cultura autóctona hubiera sido de parias, y la sajona no hubiera podido florecer aquí.

Por la Hispanidad, pues, ha ido el saludo de este Congreso a Madre España; por la Hispanidad dirigimos ahora nuestro saludo a los países hispánicos como Portugal, que, con España, forma Iberia, y como los otros de América, nuestros hermanos, Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, El Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Panamá, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

Con la lealtad indivisible a nuestra patria, a nuestra Constitución y a nuestro Gobierno, va nuestra lealtad a nuestra cultura filipina, que tiene su exaltación en la cultura—motivo de este Congreso—la cultura hispánica.

Herencia de amor, legada por España, y que con vosotros compartimos, en países hispánicos. Herencia que demanda de los hispanistas filipinos su conservación. Este Congreso de Hispanistas de Filipinas tiende a trazar para las generaciones futuras la transmisión vigorosa de esta herencia.

Afortunadamente, un tesoro principal de la misma, la Religión, está incólume, pues su universalidad que admite operarios de toda raza y de todo idioma, ha contribuido a su permanencia, estabilidad y esplendor.

Sin embargo, el otro tesoro, principal también, el lenguaje español, perdido su monopolio oficial al separarnos nacionalmente de España, se sometió, como era natural, a la imposición política, y a la influencia de un nuevo ambiente nada propio para su hegemonía, e inclusive atentatorio a su existencia.

Cierto que un eclipse no apaga el sol. Cincuenta años de eclipse circunstancial para el español en Filipinas, no ha apagado el sol de un lenguaje en que están redactados los fastos de tres siglos, fastos de los cuales unos mil setenta (1,070) liqajos gruesos encontré en la sección V, Audiencia de Filipinas, en el Archivo de Indias en Sevilla, en que mis ojos húmedos por la emoción se fijaron ávidamente al contacto de aquellos

papeles de barba y viejos pergaminos. Fastos que tienen documentos en otros archivos de España y en la misma biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

Cincuenta años de eclipse no han bastado a extinguir la voz de nuestros laborantes que escribieron en español, ni impidieron que hasta hace unos cuatro lustros nuestras Cámaras Legislativas y nuestros tribunales de justicia resonaran con verbo elocuente de parlamentarios y dictamen sabio de juristas en párrafos vibrantes de español.

Cincuenta años de eclipse no cortaron el vuelo de la hoja volandera de diarios en español... y al término de esos años, sigue pugnando la prensa en ese idioma, y podemos afirmar que de todos los diarios desde la liberación en 1945, el modesto diario único de Oriente en español, *Voz de Manila* fué el primero en salir... y no obstante todas las desventajas sigue afanoso en su labor.

Pero en los hogares, en las escuelas, en los círculos sociales, en el comercio y en la calle, el ambiente, si no adverso o extraño, es por lo menos ingrato al español... y sólo una cruzada, una campaña de reconquista, un programa de acción dinámica de los hispanistas locales, son los que habrán de impedir nuevos eclipses para este idioma, y son los que habrán de enriquecer la savia que ayude a la pervivencia del español en Filipinas.

Es en esta empresa gigantesca en la que sentimos legítimo orgullo de emular con vosotros, en países hispánicos.

En un tiempo fueron vuestros poetas y vuestros patriotas, cuyos cantos y cuyas epopeyas hirieron la fantasía de nuestros laborantes en la defensa de nuestros derechos y en el énfasis de nuestra dignidad.

Nuestra primera Constitución de Malolos, en vuestras constituciones republicanas halló inspiración. En vuestros errores hallaron lecciones nuestros caudillos, como también en vuestros aciertos de pueblos libres hallaron guía para sus empeños. Si Bolívar, San Martín, Juárez y García Moreno, y más tarde otros caudillos vuestros enardecieron a nuestros patriotas, vuestros Rubén Darío, Acuña, Vargas Vila, Amado Nervo, Heredia, Santos Chocano y tantas glorias literarias vuestras despertaron la emulación de nuestros poetas, literatos y periodistas. El tremendo progreso contemporáneo de vuestro imperio económico desde Ecuador, Méjico y Perú allende el Pacífico, hasta Cuba en las Antillas, y Brasil y Argentina mirando al Atlántico, es índice seguro para nuestros afanes económicos.

Vuestra influencia como bloque sólido en la política internacional la hemos sentido en el écnclave democrático de la ONU, y la hemos estimado en el logro de nuestro triunfo para la presidencia de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que tan noblemente mantuvisteis sosteniendo a un hijo distinguido de este país hermano de los hispánicos.

Es ésa una de las venturas del pueblo filipino: el contar con los países hispánicos, como los países hermanos con los cuales política y económicamente podamos estar ligados. En la expansión necesaria de nuestro comercio con el mundo, ventura es para los filipinos el poder esperar de vosotros, hermanos hispánicos, las más recíprocas relaciones.

Pero en lo que los hispanistas de Filipinas han de hallar siempre fundado optimismo en cuanto a ayuda franca y cordial, es en sus problemas culturales, en el problema máximo por hoy, que es la conservación, enriquecimiento y propulsión del idioma español.

Los que hemos tenido la fortuna de visitar recientemente a la vieja metrópoli española, cuando nos unimos en la iniciativa de este Congreso de Hispanistas, lo hacemos después de haber sido testigos de la fraternidad que animan a España, Portugal y a otros pueblos hispánicos con respecto a nosotros los filipinos.

Era el 4 de julio de 1947, primer aniversario de esta República de Filipinas. Por feliz coincidencia, hubo en dicho día una excursión de hispanistas procedentes de todos los países hispánicos al famoso Escorial, y allí, cerca de la cámara de Felipe II, cuyo nombre lleva Filipinas, era yo el único filipino que, en aquella celebración de Hispanidad, tenía la emoción de gozar de aquella fiesta y juntar mi oración con la oración en español que allí murmuraban devotos representantes de toda la Hispanidad.

Allí experimenté lo que experimentaron el doctor Bantug, coorganizador de este Congreso, y otros filipinos que fueron después: a saber, la fraternidad que os anima, países hispánicos, hacia los de Filipinas.

Allí en Madrid, en los círculos ibero-americanos, pudimos despertarnos a la realidad de que van aglutinándose sentires e intereses de todos los países de la Hispanidad en una simpática armonía de afanes por exaltar la cultura hispánica, como la trabazón indestructible de nuestras relaciones presentes y futuras.

Por eso, hoy, al saludaros, países hispánicos, especialmente los que tenéis vuestra representación diplomática o consular en Filipinas, el saludo del Primer Congreso de Hispanistas en estas islas, lleva todo el corazón y toda el alma en la ansiedad de que sirva esta ocasión para que sepáis que aquí tenemos el propósito de no faltar en esa armonía cultural hispánica, y de procurar que nuestra patria esté dentro de la trabazón indestructible de la Hispanidad.

De ello servíos dar fe, vosotros los que *ad honorem* representáis diplomática y consularmente a países de la Hispanidad, como Leonardo Osorio por Costa Rica, Pérez Rosales por El Salvador, José García Alonso por Guatemala, doctor Carlos Gelano, por Nicaragua. Y sepan ello países, como Méjico, que, además de sus relaciones históricas con Filipinas por el Virreinato, se distinguió mandando aquí hijos suyos para la batalla de liberación de 1945, y tiene a un filipino, Alfredo Carmelo y Casas, como *cónsul ad honorem*: El Ecuador, que ha sido la primera nación sudamericana en firmar tratado de amistad con nuestra República, teniendo como *cónsul ad honorem* a uno de los más grandes hispanistas, don Ricardo Padilla Satrústegui, y como *Vicecónsul ad honorem* también, al filipinista Miranda Sampedro; Cuba, cuyo *cónsul ad honorem*, Coronel Soriano, es protector de todo lo hispánico y filipino, teniendo como *canciller* al ex Director de *El Mercantil*, Comandante Alberto Campos; Venezuela que tiene como representante a uno de los filipinófilos más ilustres, el doctor Manuel Sabater. Y sepa ello también el ilustre *Vicecónsul* encargado don Carlos María de Luz Núñez, de Portugal, que tan larga convivencia lleva en nuestra patria; y sepa ello la Argentina, país que con su actual encargado interino de

asuntos, Jorge José Crespo-Noón, prosigue su labor de aproximación social y comercial con nuestro Gobierno, además de haberse distinguido por sus filantrópicos actos a favor de los desvalidos de Filipinas con munificencia de su primera dama, la señora del gran Perón.

Todos vosotros, países hispánicos, hasta los que todavía no tenéis vuestros enviados o representantes en el cuerpo diplomático y consular de estas Islas, recibid el saludo de este Congreso de Hispanistas de Filipinas. Y un saludo especial recibe tú, tesonero Puerto Rico, que, a pesar de no estar aún en la órbita de los pueblos libres, acabas de dar prueba de tu raigambre hispánica proclamando en tu territorio como único lenguaje oficial el español.

Pueblos hispánicos, bravos e hidalgos como hijos de una Madre brava, hidalga y mártir, la España descubridora, misicnera y civilizadora; pueblos hispánicos recordad que si océanos inmensos separan vuestras tierras y nuestro archipiélago, ninguna línea divisoria, imaginaria o real, os separa del pueblo filipino, porque vuestra hidalguía y vuestra bravura son de nuestro hidalgo y bravo pueblo que Dios quiso fuera de vuestra estirpe gloriosa, y recordad que entre las sombras del Asia, Malasia y Polinesia, aliada con las democracias o aislada y sola, en holocaustos y en apoteosis, en la guerra y en la paz, Filipinas seguirá honrando su apellido hispánico y será inexpugnable como baluarte de la Hispanidad.

Recoged su saludo, países hispánicos; el Primer Congreso de Hispanistas en Filipinas, os lo envía con alma y corazón. ¡Viva la Hispanidad!
He dicho.

DISCURSO DEL HON. PABLO LORENZO, SECRETARIO DE EDUCACIÓN

EL PRESIDENTE DE TURNO. El Honorable Secretario de Educación y huésped de honor, don Pablo Lorenzo, tiene la palabra.

EL SR. LORENZO. Señor Presidente de Turno, Excelentísimo señor Ministro de España en Filipinas, señora Presidenta del Centro Escolar University, señores miembros de la Academia de la Lengua Española, General Aguinaldo, Reverendos padres, damas y caballeros:

Dirigir la palabra, tosea por cierto, a un auditorio tan eminente y distinguido como es el que compone este Congreso de Hispanistas, y disertar sobre la recia raigambre que el idioma español ha entretijido en la vida cultural, social y económica de nuestro país, equivale a platicar sobre una materia tan demasiado sabida que haría de la charla insulsa y desmayada. Y tiene que ser así, porque el lenguaje en que os hablo ha desempeñado un papel tan grande en nuestra vida nacional, que uno tiene que ser ciego o sordo para no reconocer en cada latido de todo corazón filipino la tremenda influencia que ejerce y aun ejerce sobre aquél.

No es necesario descender a pormenores para asegurarnos que el español ha enriquecido nuestra vida cultural. Por su cristalino cauce, turbulento a veces, manso las más, nuestro pueblo aprendió, y aprendiendo apreció las humanidades, las artes, la literatura, las ciencias. Y este pueblo produjo filósofos, estadistas,

patriotas, hombres de ciencia, literatos, poetas, artistas... y todos ellos legaron a las generaciones posteriores, en lenguaje o pensamiento cervantino, la riqueza de su numen y el ejemplo hermoso de su vida. Mediante este lenguaje nuestros poetas, nuestros escritores, nuestros periodistas de entonces, sintiendo en su imaginación la saeta del verbo castellano, cantaron las bellezas de nuestras campañas, de nuestros montes y nuestros lagos; avivaron el fuego de la libertad, y vertieron en copiosas páginas literatura del saber y de la fuerza precursoras de todo movimiento libertario.

Que el español ha servido para fortalecer la piedra angular de nuestro sistema educacional es cosa que vosotros y la historia admitis sin reservas. Fué el lenguaje único en nuestras escuelas durante casi tres centurias, el vehículo de expresión de lo que conocimos y aun conocemos como nuestra aristocracia intelectual, y fué por este medio cómo nuestra juventud de entonces aprendió los hechos y las fuerzas de la vida. Fué, y sigue siendo, el poderoso instrumento de expresión de serios y maduros pensamientos. Gracias a él podemos saborear las producciones gigantescas de Rizal y de otros héroes idos, y, al mismo tiempo, sentir los nobles emociones que producen los versos libertarios y la prosa tersa y límpida de Apóstol, Del Rosario, Guerrero, Mabini, Gómez y otros más. Y no es exagerado decir que nuestro dominio de este lenguaje fué la causa determinante de que Filipinas haya felizmente pasado de pueblo colonial a nación civil y progresiva.

Que este lenguaje ha tenido el saludable efecto de solidificar nuestra vida social es también cosa bien sabida. Como factor de unificación, dió a los diversos elementos de nuestra sociedad un fuerte sentido de unidad, vigorizando así nuestros ideales de nación.

La hermosura de este lenguaje fué el perfume de nuestro temperamento nativo, el lustre brillante de nuestros negocios públicos y privados, el delicado aroma que dignificó nuestras relaciones sociales. Aun más, fué la urdimbre y la trama que entretejió nuestras idiosincrasias. Querámoslo o no, tenemos que admitir que este lenguaje forma hoy parte integrante de nuestra estructura social.

Tampoco se puede negar que el español alentó vigorosamente el flujo diario de nuestra vida económica, porque con él los conquistadores y los religiosos de antaño enseñaron a nuestro pueblo el cultivo de nuevas plantas, la propagación de nuevos animales y las posibilidades de nuevas industrias. Su uso nos permitió vender nuestros productos a las Américas, y éstas, en galeones intrépidos, trajeron su riqueza a nuestras playas. En verdad, fué el medio por el cual el pueblo filipino, por primera vez, comprendió, y comprendiendo tomó parte vital en el drama económico que durante el régimen español empezó a desarrollarse en el mundo.

Y en punto a religión, sólo basta decirnos que una gran parte de nuestro pueblo aun dirige sus plegarias al Altísimo en el lenguaje que aprendió en el regazo de aquella madre que se llamó, y aun con amor se la llama, la Madre España. En no pocas comarcas de esta nación, en mi pequeño terruño por ejemplo, la masa del pueblo habla el español, si bien transformado en ese pintoresco dialecto que llamamos chabacano. Perfilado en este idioma, aquel pueblo de cerca de doscientas mil almas vive su cotidiana existencia en las

nobles tradiciones de Castilla. No en vano el régimen pasado le otorgó el título de "NOBLE, VALIENTE Y LEAL VILLA DE ZAMBOANGA."

El lenguaje español llegó a nuestras playas en una época en que el filipino dirigía su mirada a las tierras influencias de la moderna civilización y ansiaba acoplar su paso a la marcha de los tiempos. Se me permitirá, pues, afirmar que fué verdaderamente providencial el hecho de que España trasplantara a este país su idioma y con él su cultura y religión. Uno y otras están aquí no para llevar una vida monótona y lánguida, sino una existencia fuerte y vigorosa.

El español, el inglés y, especialmente, nuestros lenguajes vernáculos—el tagalo, el bisaya, el ilocano—formando una trinidad, representan un tipo de civilización y cultura sobre cuyos cimientos hemos levantado un pasado y un presente heroicos, y sobre tales cimientos continuaremos el edificio de un futuro brillante de progreso y de paz.

Señores Hispanistas: sois la reencarnación del pasado que vuelve, y sois el presente que lo acaudilla. Preparad el porvenir que ha de recibir de vuestras manos la brillante antorcha de la hispanidad. A todos vosotros, permitidme que os exprese mis más cordiales saludos.

ENTRADA DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Debidamente anunciado por el congresista don Tomás F. Barretto, y acompañado por el Comité de notificación, el Presidente de Filipinas, Su Excelencia Elpidio Quirino, entra en el salón, siendo recibido por los congresistas con nutridos aplausos.

DISCURSO DEL VICEPRESIDENTE HONORARIO DEL PRIMER CONGRESO DE HISPANISTAS, EXCMO. SR. D. ANTONIO GULLÓN, MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE ESPAÑA EN FILIPINAS

EL PRESIDENTE DE TURNO. El Excelentísimo Señor Don Antonio Gullón, Ministro Plenipotenciario de España, tiene la palabra.

El Sr. GULLÓN. Excelentísimo Presidente de Filipinas, Señor Presidente de Turno, damas y caballeros:

Excelentísimo señor Presidente de la República de Filipinas, vuestra presencia en este Congreso de Hispanistas, es el más alto honor para el mismo y el más precioso aliento para la labor que ha de efectuarse. Puesto que la más alta jerarquía del Estado le ampara con su protección y le sostiene con su autoridad.

Con viva emoción y con profundo respeto os saludo, como os saludan todos los presentes; y al expresaros nuestra rendida gratitud por honrarnos con vuestra asistencia, os elevamos, como símbolo de la República de Filipinas, nuestros votos fervientes por la prosperidad de este querido país y por la vuestra personal propia.

Han organizado este Congreso sus eminentes iniciadores en las vísperas del 12 de octubre, Día de la Hispanidad, que marca un hito en la historia del mundo. Efectivamente, hace justamente 458 años que Cristóbal Colón abrió un nuevo sendero a los hombres. Fué el 12 de Octubre de 1492 cuando sus carabelas, surcando mares desconocidos, llegaban a la isla de

Guanahani; y a partir de ese momento, los mapas y cartas geográficas, tenían que ampliarse con nuevas tierras y nuevos mundos, que hasta entonces dormían, ignorando la cultura y la civilización.

Fué aquella una gesta española que tuvo un desarrollo inconmensurable. Al *Non Plus Ultra*, siguió un rápido éxodo marino que fué desvelando lo que hasta entonces era un misterio. Y Cristóbal Colón emprendió un segundo viaje de 1493 a 1496, llegando a Puerto Rico y Jamaica. En su tercero, 1498 a 1500, aborda la Isla de Trinidad y Venezuela. Y en su cuarto periplo, se enfrenta ya con el istmo de Panamá...

Después, siguieron los bizarros navegantes y conquistadores, urgando por selvas, montes y llanuras; descubriendo el inmenso continente americano; con gestas heroicas, como la de Hernán Cortés, que conquista el imperio de Montezuma en Méjico y zienta la dominación española en la tierra firme americana.

Aquel asombroso acontecimiento que abrió perspectivas insospechadas para el mundo civilizado, fué un acicate y un estímulo para el hombre europeo, que comprendía entonces, que los límites del planeta se habían ensanchado desmesuradamente. Y el afán de aventuras como comenzó incontinentemente movió las naves latinas que fueron escribiendo nuevas epopeyas en todos los mares del mundo.

Y dejando la ruta del Oeste por la del Este, llega Fernando de Magallanes en marzo de 1521 a las islas de Sámara, a las Bisayas y de Mindanao, descubriendo este Archipiélago de Filipinas, en el que encontró la muerte el 27 de abril, con seis de sus compañeros.

Y he aquí el punto inicial de una serie de expediciones españolas a este Archipiélago hasta que en abril de 1571 llega Legazpi a Cavite y funda la ciudad de Manila, comenzando entonces, verdaderamente, esa era hermosa de convivencia que atara, estrechamente durante siglos, a filipinos y a españoles.

Legazpi, según Francisco Moreno, el historiador manilense de la primera mitad del Siglo XVII, fué un Gobernador, el más celoso de la honra de Dios y servicio del Rey de cuantos ha conocido el mundo". Así debió de ser en efecto, porque los indígenas del litoral, víctimas de los moros, se pusieron pronto de parte de los españoles; lo cual favoreció la conversión de los gentiles a la religión católica.

Los misioneros de San Agustín, con el vasco Urdaneta al frente, primero; y luego, los Franciscanos, los Jesuitas y los Dominicos, desempeñaron sus apostólicas tareas con laudable emulación logrando ganar para la cristiandad a gran parte de los indígenas, dándoles con la religión el aglutinante que vino a cohesionarlos, incorporándolos al mismo tiempo, al mundo civilizado.

Este es el proceso histórico, que abre esa etapa brillante de la hermandad hispano-filipina; y que no puede cerrarla, la natural, justa y bien ganada emancipación de este noble pueblo de Filipinas, que al llegar a su mayoría de edad, siguiendo el ciclo evolutivo de todos los pueblos, se constituye en país autónomo independiente.

Nadie con más fervor que España, nadie con más ternura que España, nadie con esta vuestra evolución espléndida y triunfal. Si el siml no estuviera ya gas-

tado podría decirse que España, desde su viejo regazo europeo, os contempla con orgullo, como una madre mira embalsada a su hijo predilecto convertido en recio y fornido retoño.

Creedlo, mis queridos amigos filipinos. Desde la Península Ibérica se siguen vuestros firmes pasos por el sendero de la vida con creciente afecto y con sincera admiración; y sólo palabras de estímulo, de comprensión y de aliento, escucharéis de nuestros labios.

Yo os emplazo para que busquéis en nuestra prensa, en nuestra radio, o en nuestra literatura, la más leve crítica, la más insignificante frase que pueda herir vuestra susceptibilidad. Sería en vano, si lo intentabais, porque no la encontraríais jamás. España no siente hacia vosotros más que cariño. España os desea ferviente y fuercosamente felicidad y ventura y espléndido y vigoroso porvenir.

Por ello, mi voz en este Congreso, es la voz de un viejo amigo, que viene a recordaros, en vuestra empresa, cuán de corazón sigue a vuestro lado, ahora, como antes y como siempre, la España nutriz de pueblos; la España que por todos los continentes fué dejando un tesoro de cultura y civilización cristiana. . . Tesoro de cultura y civilización cristiana que son la espiritual herencia que habrá que administrar con veneración, porque sólo ella puede redimirnos de la esclavitud abyeta que nos amenaza, con el azote de las hordas de la barbarie, que ya disparan contra todas las fronteras.

Recibid, con este mensaje cordial, mi saludo más fraternal; y pongamos en vuestras manos, señor Presidente de la República (que son las más autorizadas) las nobles aspiraciones de este noble Congreso.

Señores Congresistas, tengo la honra de anunciaros que nos dirigirá la palabra: Su Excelencia, el Presidente de la República de Filipinas, el Honorable Elpidio Quirino.

DISCURSO DE SU EXCELENCIA, ELPIDIO QUIRINO, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

El Excmo. Sr. QUIRINO. Amigos Congresistas, damas y caballeros:

Inmediatamente, al ocupar el asiento que ahora ocupo, me di cuenta de que estoy rodeado de elementos hispanistas como no lo estuve nunca en mi juventud, ni mucho menos lo he estado desde que vengo prestando mis servicios en el Gobierno. Yo estaba cavilando, buscando alguna razón con que poder justificar mi presencia aquí como hispanista; y se me ocurre en este momento que yo nací en el pueblo de Vigan, que antes se llamaba Villa Ferdinandina, fundada por el insigne español, Juan de Salcedo, y por este hecho siquiera también puedo considerarme hispanista como vosotros, porque nací en un pueblo que constituyó porción de la tierra española.

Cuando la Comisión organizadora de este Congreso fué a invitarme y me explicó el objeto de su celebración, acepté complacido, sin la menor vacilación, porque me di cuenta en seguida de la vital trascendencia del acontecimiento. Nada más oportuno en efecto, que conjuncionar fuerzas desperdigadas para soldar la reafirmación de los valores hispánicos frente a los problemas pavorosos que convulsionan a ambos

hemisferios en esta hora suprema del mundo. Además, yo no podía permanecer insensible a esta manifestación de unidad, porque, precisamente, vengo pidiéndola en la marcha hacia la estabilización de la República, tanto en lo interno como en lo externo, y tanto en la fe como en la acción.

Para nosotros que, como malayos, cumplamos con aquel pasado ideal de nuestra historia, cuyas primeras páginas escribieron los primeros españoles que pisaron nuestras tierras y, ya en el período de reivindicación, afirmaron Rizal y su generación; para nosotros que, como filipinos, bebimos en las puras fuentes de la tradición hispánica, con cuya sustancia hemos moldeado esta nuestra moderna democracia en colaboración con los Estados Unidos de América, este primer Congreso de unidad hispánica viene a reiniciar la tarea que compete a la juventud que hoy se asoma a la vida pública.

En el despertar del pueblo a los ideales de una patria propia y en nuestras grandes afirmaciones del pasado, aquellas juventudes intelectuales que fueron a España, nos dejaron pauta y ejemplo. La única diferencia, y ésta en favor de las generaciones actuales, es que antes era menester una fé heroica, mientras que hoy, los hechos vividos y tangibles nos llevan de la mano: llevamos ganada la independencia, llevamos ganada la democracia y hemos establecido nuestra propia soberanía.

En este acto histórico, España ha vuelto a nosotros, y vuelve traída por filipinos. Porque este Congreso significa que aquella no se nos fué del todo, y porque, como bien dijo Rizal: "España está allí donde deja sentir su influencia bienhechora, y aunque desapareciese su bandera, quedaría su recuerdo, eterno e imperecedero".

Pero no es sólo el recuerdo lo que nos liga a ella. No sé si muchos se dan cuenta de que su idioma no es para nosotros un simple lujo intelectual, porque el español sigue siendo, como el inglés, nuestro lenguaje oficial, y, por consiguiente, constituye una necesidad de orden nacional.

El pensamiento de Rizal y de los Padres de la patria, su ideología y sus normas, así como los fastos de nuestra epopeya libertaria se han expresado en español. Y si hemos de permanecer leales a ellos y mantener la fidelísima expresión de nuestra fisonomía espiritual y moral, sin desvios ni mixtificaciones, es menester conocerlos en el mismo idioma en que fueron escritos. Sólo una mentalidad filipino-hispana podrá en verdad comprender a Rizal, porque en los giros peculiares de su castellano están, además, todos los matices del idioma vernáculo, de igual manera que en la múltiple diversidad de nuestros dialectos se proyecta el español, incrustado en voces que forman parte del sentir y del pensar genuinos de nuestro pueblo.

Y hay más. Filipinas y España han llevado a cabo juntas empresas comunes de hispanidad por estos mares del Extremo Oriente, y ésta es la razón por qué estamos situados del lado de la civilización occidental en su vertiente hispánica.

Y este Congreso llega a su punto para decirle a España que nosotros, vástagos de su progenie, tenemos corazón y voluntad abiertos a cuanto de ella nos venga, porque, "aunque vencida de los brazos ajenos, ella,

como su Quijote, llega siempre vencedora de sí mismas, que es el mayor vencimiento que desearse puede", a la manera de los santos y de los héroes.

Sí, España ha vuelto de nuevo a su gran misión universal y a sus eternos ideales, y pese al menosprecio de tantos vencedores de los demás que no han sabido vencerse a sí mismos, supera y sobrepasa su condición material y vuela hacia el espacio infinito del espíritu. Filipinas la secunda en este cacho de suelo extremo oriental. ¡Quién sabe si la misión de Quijote que España desarrolló con doctrina y conducta, ha inspirado en algo a nuestra República en su deseo de ganar la amistad, la mente y la adhesión de los pueblos circunvecinos apenas nacidos a la libertad, y llevarlos en comunidad de paz y bienestar hacia la sociedad internacional! Y quizás por esa misma inspiración hoy estamos en Corea, humildes y pobres como somos, luchando por su libertad y su paz y su derecho, en gesto de quijotismo auténtico. Y no es ir contra la humildad del corazón el proclamar muy alto la autoridad y grandeza de esa misión, según soñara el mismo Cervantes.

Me es altamente consolador y edificante observar que en este hermoso recinto personajes y elementos de distintos o hasta opuestos credos políticos e ideologías celebran conjuntamente este Día de la Hispanidad. Señores, esta vuestra unificación en hispanidad es una manera de uniros, y ¿por qué no decirlo también? de unirnos, en filipinidad. Sólo así podremos defendernos de todos los exotismos que quieren desfigurarnos y arrancar de nuestra alma las dos grandes virtudes de nuestra herencia occidental: la catolicidad de nuestra misión, que arranca de España; y la libertad y la democracia de nuestra convivencia nacional, que nos vino de Estados Unidos de América. De ambas vertientes somos vértice; y de ambos brazos, el corazón, porque en nuestro modo de ser y de vivir se encarna y resume lo que ambas representan en la historia del mundo actual.

Señores amigos hispanistas: séame permitido decirlos que me siento uno más de entre vosotros y con mis palabras van mis votos por el éxito de vuestra tarea. Cuando la Ley Sotto fue aprobada por el Congreso, quise dar público testimonio de mi identificación con vuestros ideales. Enfermo y en cama el ilustre senador difunto, fui a su casa para firmar allí, en su presencia,

el proyecto que se convertía en ley, disponiendo que el castellano fuese una de las asignaturas en las escuelas de segunda enseñanza. Vosotros comprenderéis la significación que quise dar al acto: con mi firma ejecutiva iba el alma de un hispanista fervoroso y convencido.

Vosotros recordarán que el año 1946 se aprobó por las Naciones Unidas una resolución que recomendaba que se retirase de Madrid a los jefes de las representaciones diplomáticas extranjeras. Yo, que entonces era Secretario de Asuntos Exteriores de nuestro país, desoyendo aquella recomendación, hice que nuestro Gobierno aceptara al entonces ministro español, mi gran amigo, Don Teodomiro de Aguilar, hoy embajador en Venezuela. Como secuela de aquella actitud mía, di instrucciones a la delegación filipina para que prohiciera en las Naciones Unidas otra resolución revocando la antigua original, y sólo ayer recibí un telegrama en el que se me informaba de que, efectivamente, existe ahora en la Asamblea un movimiento favorable a nuestra gestión.

Pues bien: si hispanismo también quiere decir, de un lado, la conservación de aquellas virtudes que formaron el carácter prístino de los filipinos, y de otro, una manera de soldar y afianzar los vínculos que nos unen con todos los países de nuestro común origen, para formar un valladar contra la irrupción de exotismos destructivos, que son la antítesis de nuestra fe básica, no vacilo en aceptarlo y abrazarlo como norma de mi gobierno. Dios me propicie en tan sincero propósito, y os felicito calurosamente por esta magnífica iniciativa de reivindicación de nuestro pasado y os agradezco mucho, pero muy mucho, la oportunidad que me habéis brindado para unirme con vosotros en alma y corazón.

He dicho.

LEVANTAMIENTO DE LA SESIÓN

El PRESIDENTE DE TURNO. Señores Congressistas: habiéndose cumplido con el programa de este día, la Mesa da por levantada la sesión hasta mañana, a las cuatro y media de la tarde.

Eran las 6:30 p. m.

